

—Pero esto mismo me prueba que la voluntad de Dios ha dispuesto que le sirva en mi actual estado, y ¿cómo he de desear abandonarlo?

—Pues bien,—dijo Inés con más insistencia;—todo podemos conciliarlo facilmente. No te daré la libertad y serás mi esclava, que viene á ser lo mismo.

—¡No, no!—replicó Syra sonriéndose;—no es lo mismo. Las instrucciones del grande Apóstol son éstas: «Esclavos, estad sumisos con todo temor á vuestros amos, no sólo á los apacibles y cariñosos, sino tambien á los de dura condición (1).» Estoy muy lejos de contar entre éstos á mi ama; pero vos, noble señora, sois demasiado bondadosa conmigo. ¿Dónde estaría mi cruz si viviera á vuestro lado? No sabéis acaso qué indole tan soberbia y obstinada es la mía, y temería por mí misma si no sufriera algunas penas y humillaciones.

Inés estaba ya casi pronta á ceder; pero más ansiosa que nunca de adquirir tal tesoro de virtud, dijo:

—Veo, Syra, que ningun motivo dirigido á tu propio interés te convencerá, y por lo tanto debo hacer uso de razones más egoistas. Necesito tenerte á mi lado para que tus consejos y ejemplos me sirvan de guía... Vamos, esta petición no me la negarás.

—Nunca seréis egoista, señora; y por eso apelo de vuestra petición á vos misma. Conoceis á Fabiola y la amais. ¡Qué noble alma la suya! ¡Cuán raras prendas posee y cuán elevados serían sus conocimientos si los iluminase la luz de la verdad! ¡Con qué cuidadoso esmero guarda esa perla de las virtudes, cuyo valor nosotras solas podemos apreciar! ¡Qué buena cristiana podría ser!...

—Prosigue, por amor de Dios, querida Syra,—exclamó Inés con viveza.—¿Tienes acaso esperanza de que Fabiola llegue á ser cristiana?

—Esa es mi oración mañana y noche: es mi único pensamiento y la ocupación de mi vida. Procuraré atraerla con mi paciencia, por la constancia, y hasta con esas raras discusiones como la que hemos tenido hoy. Y en último extremo emplearé otro recurso.

—¿Cuál?—preguntaron Inés y Cecilia.

—Dar mi vida por su conversión. Bien sé que una pobre esclava como yo tiene pocas oportunidades de alcanzar la palma del martirio; sin embargo, dícese que nos amenaza una persecución más terrible que las pasadas, y acaso no desdenará víctimas tan humildes. Pero, sea lo que Dios quiera, he puesto mi vida en sus manos por la conversión de mi ama. ¡No os inter-

(1) I Petr. II, 14

pongais, pues, amable señora mía, entre mi humilde persona y el premio á que aspiro!

Esto diciendo, Syra se postró á los piés de Inés, bañándole una mano con sus lágrimas.

—Has vencido, hermana mía,—dijo la joven patricia,—y no vuelvas á llamarme señora. Permanece en tu puesto: corazón tan sencillo y virtud tan acrisolada deben necesariamente triunfar. Eres demasiado sublime para esfera tan humilde como la de mi casa.

—Yo por mi parte—añadió Cecilia con aire de cómica gravedad—digo que esta tarde ha dicho Syra una cosa muy mala y otra que no es cierta.

—Y ¿cuáles son, mi buena amiguita?—preguntó Syra sonriéndose.

—Dijiste que yo era más cuerda y mejor que tú porque no quise comer unas chucherías que hubieran regalado mi paladar por unos pocos minutos á costa de un acto de gula, mientras que tú has sacrificado tu libertad, tu dicha, el libre ejercicio de tu religión, y hasta has ofrecido tu vida por la salvación de quien te atormenta y tiraniza.

En esto vinieron á avisar que la litera de Inés esperaba á la puerta.

Cualquiera que hubiese presenciado la afectuosa despedida de las tres, la noble dama, la esclava y la mendiga, habría exclamado con razón, como lo había hecho tantas veces el pueblo: «¡Ved cómo se aman unos á otros estos cristianos!»

VIII

Fin de la primera jornada.

Si nos entretenemos un poco á la puerta para ver partir á Inés, oiremos su plácida conversación con Cecilia y su empeño en que consienta que uno de sus criados la acompañe porque ha empezado á oscurecer; olvidando que el día y la noche son iguales para la ciegucecita, que por esta razón es la guía conocida en las catacumbas, cuyos intrincados laberintos recorre á todas horas con la misma seguridad que las calles de Roma. Y si

luego penetramos otra vez en la casa, la hallaremos revuelta de arriba abajo. Esclavos con lámparas encendidas discurren en diversas direcciones registrando todos los sitios en busca de algún objeto que se ha perdido. Eufrosina insiste en que ha de encontrarse, hasta que al fin, frustrada toda esperanza, se abandonan las investigaciones.

El lector habrá fácilmente acertado la solución del enigma. Tal como se le había mandado, Syra volvió á presentarse para que le curasen la herida, pero ¿dónde estaba el pañuelo que había llevado envuelto en el brazo? No sabía explicar su desaparición sino refiriendo que se lo había quitado y vuelto á poner, aunque no tan bien como lo hiciera Eufrosina, manifestando claramente las razones que había tenido, porque detestaba la mentira. Hasta entonces no lo había echado de menos. La buena Eufrosina deploraba la pérdida, considerándola de mucha importancia para la pobre esclava, la cual probablemente lo guardaba para alcanzar su rescate. También Syra se apenó, pero por razones que no hubiera podido hacer comprender á la bondadosa anciana.

Esta interrogó á todos los esclavos, y hasta hizo registrar á algunos con grande sentimiento y compasión de Syra, y ordenó que se escudriñasen todos los sitios en que había estado. ¿Quién había de sospechar que un noble convidado á la mesa de Fabio fuese capaz de hurtar un objeto cualquiera? Eufrosina quedó, por lo tanto, convencida de que el pañuelo había sido escamoteado por algún procedimiento mágico, y comenzó á sospechar que la negra Afra se habría valido de algún sortilegio para atormentar á la pobre Syra. Creía que la mora era otra Canidia (1), porque á menudo se veía obligada á dejarla salir de noche so pretexto de ir á buscar yerbas para sus cosméticos, durante la luna llena, como si cogidas en otra ocasión no poseyesen las mismas virtudes; y sospechaba que era para componer venenos, cuando en realidad era para asistir con otras de su raza á las repugnantes bacanales del fetiquismo (2), ó para avistarse con algunos que consultaban su imaginaria ciencia.

Dábase ya el pañuelo por perdido, mas al hallarse sola la prudente Syra, reflexionando más tranquila sobre lo que le había acontecido, recordó la detención de Fulvio, al atravesar el patio, en el mismo sitio en que ella había estado oculta, y después su salida precipitada. Ásaltóle entonces la idea de que había perdido allí el pañuelo, y que él podría haberlo recogido, porque le parecía imposible que hubiera pasado con indiferencia cerca de aquella prenda. Dió, pues, por sentado que estaba en

(1) Hechicera famosa en tiempo de Augusto.

(2) Idolatría del interior de Africa.

su poder, y después de formar diversas conjeturas para calcular las consecuencias posibles de esta desgracia, sin haber logrado hallar solución satisfactoria, resolvió poner en manos de Dios el resultado, y se entregó al reposo que una conciencia pura no podía menos de asegurarle apacible y consolador.

Al despedirse de Inés retiróse Fabiola á su aposento, y después de los servicios acostumbrados que le prestaron las otras dos esclavas y Eufrosina, las despidió con más suavidad y agrado que otras veces. Luego fué á recostarse en el lecho donde la encontramos la primera vez, y con singular disgusto descubrió sobre él la daga con que había herido á Syra. Abrió un cofrecito, metiéndola en él con horror, y no volvió á usarla.

Cogió de nuevo el libro que había estado leyendo y que tanto la había entretenido; pero ahora le pareció sobremanera frívolo é insípido. Volviólo á dejar, y dió libre rienda á sus pensamientos sobre los sucesos del día. Lo primero que la ocupó fué el recuerdo de su encantadora prima Inés. ¡Cuán desinteresada era, cuán pura, sencilla, sensible y prudente! Resolvió ser su protectora, su hermana mayor en todo y para todo. Como su padre, había advertido también las frecuentes miradas que le dirigía Fulvio, no ciertamente esas miradas libertinas de que ella misma había sido objeto y había recibido con desprecio, sino astutas, pérfidas, reveladoras, al parecer, de algún designio ó premeditado artificio, del cual Inés podía llegar á ser víctima. Resolvió Fabiola frustrarlos cualesquiera que fuesen, opinando de un modo diametralmente opuesto al de su padre respecto al forastero; y evitar que éste se aproximase á Inés, al menos en su casa. Esto meditaba Fabiola casi en los momentos que Fulvio, revolcándose en su lecho, determinaba no volver á pisar la casa de Fabio y eludir sus convites.

Fabiola había penetrado el carácter de Fulvio, había discernido la afectación de sus modales y la perfidia de sus miradas, resultando vivamente su contraste al compararle con el franco y generoso Sebastián. «¡Qué noble es el joven tribuno! se decía. ¡Cuán diferente de todos los que concurren aquí! Nunca sale de sus labios una palabra indiscreta, ni sus serenos y brillantes ojos miran con malignidad á nadie. Es parco en la comida como debe serlo un soldado; modesto como lo es el héroe respecto de su valor y hazañas que otros enaltecen. ¡Oh, si me tuviera la inclinación que otros me muestran!»

En estas reflexiones, una profunda melancolía pareció apoderarse de su alma. Ofrecióse de nuevo á su mente la conversación con Syra y sus consecuencias, y aunque este recuerdo le era penoso, no podía desecharlo, y sentía como si aquel día se realizara una crisis en su vida. Su orgullo había sido humillado por una esclava, y suavizado su corazón sin saber cómo ni por

qué. Si en aquel instante sus ojos hubieran podido abrirse á la luz de la verdad y mirar más arriba de este mundo, habría visto una vaporosa nube semejante al humo del incienso, pero teñida de carmín, que elevándose del lecho de una esclava, subían juntos como la oración y el sacrificio voluntario de la vida, hasta tocar en el cielo las diamantinas gradas del solio de la misericordia, volviendo á caer como un rocío de purísima gracia sobre su árido corazón.

Fabiola no podía verlo, y sin embargo no era menos cierto. Cansada al fin, buscó el reposo; pero su sueño fué desapacible, intranquilo. Vió un lugar resplandeciente en medio de un delicioso jardín iluminado por una claridad semejante á la del medio día, pero infinitamente más suave, mientras que todo al rededor era densa oscuridad. Hermosas flores alfombraban el suelo; plantas cubiertas de ellas mecíanse de árbol en árbol formando festones, de los cuales colgaban frutas doradas. En medio de este vergel divisó á la pobre ciegucecita sentada sobre el césped con su expresión de felicidad y su risueño semblante, recibiendo las caricias que le prodigaban á un lado Inés con su candorosa mirada y al otro lado Syra con su apacible sonrisa. Fabiola experimentaba un deseo irresistible de juntarse con ellas; parecía que estaban gozando de una dicha que ella no había conocido aún, y hasta se le figuró que le hacían señas para que se les reuniese. Corría para hacerlo, cuando descubrió aterrada un ancho y oscuro abismo en cuyo fondo mugía un torrente, cuyas aguas fueron creciendo hasta tocar la margen superior; y no obstante su profundidad corrían allí claras, resplandecientes y difundiendo grata frescura. ¡Oh cómo anhelaba tener valor para arrojarle á la corriente, y aunque fuera con agua hasta el cuello ganar la opuesta orilla! Pero no podía, y en tanto sus compañeras no dejaban de hacerle señas, animándola á pasar; mas cuando estaba en el borde y se retorcia las manos con desesperación, vió salir á Calpurnio de la oscuridad, trayendo desplegada una gruesa y pesada cortina en la cual aparecían pintados toda clase de mónstruos y repugnantes quimeras, unidas y enlazadas de una manera extraña. Aquel oscuro velo fué poco á poco dilatándose hasta que ocultó á sus ojos la hermosa aparición. Desconsolose sobremanera, pero luego se le apareció un genio resplandeciente, como ella le llamaba, en cuyas facciones reconoció un trasunto espiritual de Sebastián, quien había primero aparecido triste y apartado, mas luego fué acercándose y con faz sonriente batió sus alas de oro y púrpura sobre su abrasada frente.

Entonces se desvaneció la visión, y Fabiola quedó sumergida en sosegado y refrigerante sueño.

Una noche en el Palatino

De las siete colinas de Roma la más accesible por todo lados es sin duda el monte Palatino. El emperador Augusto lo eligió para residencia suya, y lo mismo hicieron sus sucesores; pero lo que era al principio modesta mansión fué con el tiempo transformándose en magnífico palacio que llegó á ocupar toda la colina. Neron, no satisfecho con sus dimensiones, mandó incendiar los edificios que le rodeaban y dilató la residencia imperial hasta el contiguo monte Esquilino, ocupado hoy por el Coliseo, invadiendo todo el espacio que media entre las dos colinas. Vespasiano derribó aquella *Casa dorada*, cuyas suntuosas bóvedas, cubiertas de hermosas pinturas, subsisten todavía, y edificó con sus materiales el anfiteatro ya mencionado y otros edificios. La entrada del palacio se construyó poco después de este periodo desde la *Via Sacra*, cerca del arco de Tito. Atravesando el atrio hallábase un magnífico patio, cuyos restos se distinguen todavía, y volviendo á la izquierda se entraba en un inmenso espacio cuadrado, consagrado por Domiciano á Adónis y poblado de árboles, arbustos y flores.

Siguiendo siempre á la izquierda se iba á parar á una serie de aposentos construidos por Alejandro Severo en honor de su madre Mammæa, situados enfrente de la colina Celia, precisamente en el ángulo que termina en el último arco triunfal de Constantino y la fuente llamada *Meta sudans* (1). Allí tenía su morada Sebastián, en calidad de tribuno ú oficial superior de la guardia imperial. Componíase aquella de algunos cuartos modestamente amueblados, como convenia á un soldado y á un cristiano, reduciéndose su servidumbre á dos libertos y una matrona que había sido su nodriza y le amaba como á hijo. Eran cristianos, como todos los soldados de su cohorte; algunos por haberse convertido, y los más por el cuidado que había tenido en elegirlos al admitir nuevos reclutas.

(1) Obelisco de ladrillo que aún existe, embutido en mármol y de cuyo extremo salía una corriente de agua que se derramaba en una gran taza.

Pocos días después de las escenas referidas anteriormente, á las dos horas de haber anochecido, subía Sebastián las gradas del vestíbulo mencionado en compañía de un joven, á quien ya también conocemos, Pancracio, quien admiraba y amaba á Sebastián con el cariño que experimenta un oficial joven y entusiasta por un militar bizarro y de más edad que le distingue con su amistad y le trata con franqueza.

El adolescente patricio consideraba en Sebastián, no tanto al soldado del César como al campeón de Cristo, pues á su generosidad, valor y nobleza de alma unía tanta sencillez y dulzura, tanta circunspección y prudencia, que inspiraba confianza é infundía aliento á cuantos le trataban. Sebastián no amaba menos á Pancracio por su sincero y ardiente entusiasmo, la inocencia y el candor de su alma; pero previendo los peligros á que podían conducirle su impetuosidad y juvenil ardor, permanecía siempre á su lado para dirigirle y en caso necesario contenerle.

Llegados á la parte del palacio en que daba la guardia la cohorte de Sebastián, dijo éste á su compañero:

—Cada vez que entro aquí alabo la bondad de la Providencia divina por haber inspirado la idea de levantar casi á las mismas puertas del palacio del César el arco que recuerda á la vez la caída del primer sistema importante que estuvo en oposición con el Cristianismo, y el cumplimiento de la más solemne profecía del Evangelio: la destrucción de Jerusalén por los romanos (1). Creo que algún día se levantará otro en conmemoración de una victoria no menos decisiva sobre el segundo enemigo de nuestra religión, el idólatra Imperio romano.

—Pues ¡qué! ¿consideras el desmoronamiento de este dilatado Imperio como el medio de establecer el Cristianismo?

—No lo permita Dios. Derramaría para conservarlo hasta la última gota de sangre, como he vertido la primera. Pero tén por cierto que cuando el Imperio se convierta, no será lentamente como ahora, sino por medios tan sobrenaturales, tan divinos, que ni siquiera llegarían á imaginarlo nunca nuestros más vehementes deseos, y no habrá quien no exclame: Este cambio es obra de la diestra del Altísimo.

—Sin duda; pero tu idea del arco triunfal cristiano supone en la tierra un instrumento. ¿Dónde encontrarlo?

—Hablándote con franqueza, Pancracio, te diré que cifro mis esperanzas en uno del linaje de los Augustos, en quien se vislumbra el germen de una inclinación más favorable: en Constantino Cloro.

—Pero, Sebastián, ¡cuántos varones virtuosos y sabios te

(1) El arco triunfal de Tito, en que están representados los despojos del templo de Jerusalén.

responderían tal vez á esto que las mismas esperanzas se concibieron en los reinados de Alejandro, Gordiano y Aureliano, y quedaron frustradas!

—Bien lo sé, querido Pancracio, y con frecuencia he deplorado amargamente esas oscuras miras que enervan nuestra energía; esa penosa idea de que la venganza es perpétua y la misericordia es transitoria; que la sangre de los Mártires y las oraciones de las vírgenes son ineficaces para acortar el tiempo de prueba y apresurar los días de la gracia.

En esto llegaron á las habitaciones de Sebastián, cuyo aposento principal estaba iluminado y dispuesto sin duda para alguna reunión. En frente de la puerta de entrada había otra que daba acceso á una azotea, y á ella se dirigieron como por instinto, ofreciéndose á sus ojos una vista esplendente y bella. Como reina de la noche aparecía la luna en lo alto de los cielos, nadando en ellos como suele en Italia; no como una superficie plana, sino como un globo de plata bañándose en la refulgente atmósfera que le rodea. El brillo de las estrellas más cercanas se veía empañado, y parecía como que se hubiesen replegado en compactos y resplandecientes grupos en las apartadas extremidades del azulado firmamento. Era, en fin, una noche parecida á la que contemplaron años después Mónica y Agustín desde una ventana de Ostia, mientras discurrían acerca de las cosas celestiales.

Mirando abajo y en derredor, todo era asimismo bello y grandioso. A un lado descollaba el Coliseo ó Anfiteatro de Flavio, y hería gratamente los oídos el suave murmurio de la fuente, cuyas cristalinas aguas brillaban como una columna de plata, á manera de las olas del mar cuando retroceden resbalando sobre escarpadas rocas. Al otro lado el soberbio edificio llamado *Septizonium* de Severo, y enfrente, descollando sobre la colina *Cœlia*, los suntuosos baños de Caracalla, que reflejaban en sus muros de mármol y soberbios pilares el brillo de la luna de otoño. Empero Sebastián y Pancracio no paraban la atención en estos colosales monumentos de las glorias terrenales, y permanecían callados, enlazando el primero con su brazo derecho el cuello del joven patricio y descansando en sus hombros.

Después de una larga pausa reanudó Sebastián el hilo de la conversación anterior, y dijo en tono más suave:

—Cuando hemos entrado, iba á señalarte el sitio, precisamente á nuestros pies, donde siempre me he figurado que podía levantarse el arco de triunfo á que me refería (1). Pero ¿quién

(1) El arco de Constantino se halla exactamente debajo del lugar en que se describe esta escena.

puede pensar en cosas tan mezquinas al contemplar sobre nuestras cabezas esa espléndida bóveda tan brillantemente iluminada, como atrayendo al cielo nuestros ojos y nuestros corazones?

— Dices bien, Sebastian, y muchas veces me he preguntado: si tan hermosa y brillante es la parte inferior de ese firmamento que puede contemplar el hombre más perverso y pecador, ¿que será la parte superior, desde la que se digna bajar sus miradas Aquel cuya gloria es infinita? Yo me la imagino como un velo ricamente bordado, por entre cuyo tejido asoman algunas puntas del hilo de oro, lo único que nos es dado divisar.

— ¡Bello pensamiento, Pancracio, y tan verdadero como bello! Conviertes en un velo muy sutil y fácil de penetrar ese que se interpone entre nosotros, que militamos en este mundo, y la Iglesia triunfante que está en los cielos.

Pancracio, fijando en su amigo una mirada como la que pocas noches antes había dirigido á su madre, dijo:

— Perdona, Sebastian, si mientras tú te complaces en figurarte la existencia futura de un arco que recuerde el triunfo del Cristianismo, considero yo á mi vez construido ya y abierto el arco por el cual nosotros, débiles como somos, podemos conducir rápidamente la Iglesia á su glorioso triunfo, encaminándonos á la eterna bienaventuranza.

— ¿Dónde, querido amigo, dónde está ese arco de que me hablas?

Pancracio señaló con la mano hácia la izquierda, y sin moverla respondió:

— Allí, noble Sebastian. Cualquiera de esos arcos del anfiteatro de Flavio que conducen á su arena. Sobre ella, sobre esa arena está el velo de que hablabas, no por cierto más denso que la extendida lona que dá sombra á los espectadores. Pero... ¿oyes?...

— Es el rugido de un leon que sale de debajo del monte Cœlio,—dijo Sebastian.—Deben haber llegado recientemente algunas fieras al *vivarium* (1) del anfiteatro, porque ayer no las había.

— Escucha,—prosiguió Pancracio sin advertir la interrupción: son los clarines que nos llaman al combate... ¡la música que celebrará nuestro triunfo!

Callaron ambos por algun tiempo, hasta que Pancracio, rompiendo de nuevo el silencio, dijo:

— Esto me recuerda que debo consultarte sobre un asunto,

(1) Sitio donde estaban encerradas las fieras que se destinaban á los espectáculos.

mi fiel consejero, y deseaba hacerlo antes que llegasen tus amigos.

— No vendrán tan pronto; además que irán entrando uno á uno. Hasta que estén todos, pasemos á mi cuarto, donde nadie nos interrumpirá.

Siguiendo por la azotea adelante, entraron en el último aposento que daba al ángulo de la colina, en frente de la fuente, y que sólo alumbraban los rayos de la luna que entraban por la abierta ventana. Sebastián permaneció en pié junto á esta, y Pancracio tomó asiento sobre la estrecha cama de campaña.

— Y ¿cuál es—preguntó aquel sonriendo—el importante asunto acerca del que deseas te dé mi sabio parecer?

Pancracio respondió tímidamente:

— Acaso una bagatela para un hombre intrépido y generoso como tú; pero asunto de grande importancia para un muchacho débil é inexperto como yo.

— Muy bueno y virtuoso sin duda. Comunicámelo, que prometo ayudarte en lo que pueda.

— Pues bien, Sebastián... pero no me vayas á tener por necio,—prosiguió Pancracio sonrojándose á cada palabra.—ya sabes que tengo en casa gran cantidad de plata labrada, enteramente inútil para nuestro sencillo modo de vivir; y que mi querida madre no quiere ponerse sus antiguos dijes, que conserva arrinconados. Nadie hay que pueda heredarlos, porque soy y seré el último de mi linaje. Varias veces te he oido decir que en tales circunstancias los naturales herederos del cristiano son la viuda y el huérfano, el desamparado y el menesteroso. Y ¿por qué han de aguardar éstos á que yo muera para entrar en posesión de lo que por derecho les pertenece? Y si sobreviniera una persecución, ¿no sería imprudente exponer ese tesoro á la confiscación ó la rapacidad de los lictores, cuando necesiten nuestras vidas, y que se perdiese para nuestros legítimos herederos?

— Pancracio,—dijo Sebastián,—he estado escuchando tu noble proposición sin hacerte observación alguna. Quería que fuese exclusivamente tuyo el mérito de manifestarla. Pero dime ahora: ¿de dónde proviene esa duda en cumplir tu anhelo?

— A decir verdad, temía que fuese altamente presuntuoso é impropio de mi poca edad ofrecerme á hacer lo que en concepto público pudiese calificarse de grande y generoso; pero te aseguro, querido Sebastián, que no es así, porque nada pierdo con desprenderme de cosas que si ningun valor tienen para mí, pueden tenerlo para los pobres, especialmente en los dias calamitosos que nos amenazan.

— ¿Consiente tu madre?

— ¡No lo dudes, mi buen amigo! No me atreviera yo á tocar un diminuto grano de oro sin su consentimiento. Te diré para

10773

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

qué necesito principalmente tu apoyo. Me apenaría que alguien pudiera sospechar en mí, un niño, la menor presunción de hacer algo considerado como extraordinario. ¿Me entiendes? Por esto te ruego que ordenes la distribución de las alhajas en cualquiera otra casa, como la de una persona que necesita de las oraciones de los fieles, y más particularmente de los pobres, y que desea permanecer desconocida.

—Te serviré con gusto, mi bueno y noble Pancracio... Pero ¡silencio!

Prestó Sebastián oído al exterior unos momentos, y dijo:

—¿No has oído pronunciar el nombre de Fabiola, seguido de un epíteto que no expresa por cierto buena voluntad?

Acercóse Pancracio á la ventana, y pronto advirtió que debajo de ella estaban conversando dos personas cuyo timbre de voz acusaba la diversidad de sexo. Como la cornisa impedía ver quiénes eran, salieron los dos nobles amigos á la azotea, iluminada aún por el astro de la noche.

—Conozco á aquella mujer,—dijo Sebastián;—es Afra, la esclava negra de Fabiola.

—Y el hombre—añadió Pancracio—es mi condiscípulo Corvino.

Proponíanse ambos, considerándolo como un deber, coger el hilo de lo que tenía visos de intriga; pero como los dos interlocutores sospechosos se paseaban arriba y abajo, Pancracio y su amigo sólo podían percibir algunas frases.

Nosotros, sin embargo, no nos concretaremos á ellas, y referiremos todo el diálogo; pero antes diremos algo que sirva de aclaración.

El cargo de primer prefecto del Pretorio, cargo desconocido en los tiempos de la República y creado por los Emperadores, había ido absorbiendo desde Tiberio casi todo el poder civil y militar, llegando el que lo ejercía á desempeñar muchas veces las funciones de juez supremo criminal de Roma. Para desempeñarlo á satisfacción de sus despóticos é inexorables amos, requeriase una energía á toda prueba. Estar todo el día sentado en un tribunal, rodeado de los instrumentos del suplicio, impasible á los ayes y lamentos de ancianos, mozos y mujeres puestos en el tormento; dirigir un frío interrogatorio á un desgraciado extendido sobre el potro y en convulsiva agonía por un lado, mientras en otro se ejecutaba la sentencia de muerte con plumadas sobre otras víctimas; y después de presenciar estas espantosas escenas irse á dormir tranquilo para levantarse con nuevo afán de repetirlo, era á buen seguro tarea á que no se podían mostrar muy aficionados los individuos del Foro. Tértulo, el padre de Corvino, había sido llamado de Sicilia para ocupar este puesto, no porque fuese cruel, sino por la frialdad de su corazón, cerrado

á la compasión y á la parcialidad. Su tribunal había sido la primera escuela de Corvino, quien, siendo todavía niño, sentado á los piés de su padre, pasaba horas enteras presenciando con deleite tan crueles espectáculos. Así fué creciendo, torpe, brutal y grosero, y no bien hubo llegado á la pubertad, cuando ya su rostro abogotado y pecoso, y sus enfermizos ojos, de los cuales uno tenía á medio cerrar, daban clara muestra de su temprana disolución. Sin gusto por el estudio, sin aptitud para instruirse, reunía á la astucia más refinada cierta dosis no pequeña de valor y fuerza animal. Nunca había experimentado sentimiento alguno generoso, ni sojuzgado ninguna de sus malas inclinaciones; y el que le ofendía debía tener por cierta su aversión, su odio á muerte. A dos, sobre todo, había jurado no perdonar en vida: al maestro de escuela que lo había castigado con frecuencia por su terquedad y holgazanería, y al condiscípulo que le había bendecido en pago de su brutal é inmotivado ultraje. La justicia y la misericordia, el bien y el mal que recibía, le eran igualmente odiosos.

Su padre no tenía bienes que dejarle, y según muestras, él carecía de disposición para adquirirlos. Pero las riquezas, como medio de satisfacer sus deseos, le parecían la felicidad suprema, y eran el objeto predilecto de todos sus afanes. Parecióle el medio más sencillo para adquirir las alcanzar la mano de una heredera rica; pero demasiado rudo, necio y estúpido para hacerse lugar entre la sociedad culta, excogitó otros caminos más en armonía con su carácter para realizar sus planes de ambición ó avaricia. Cuáles eran estos nos lo explicará mejor su conversación con la esclava negra.

—Es ya la cuarta vez que vengo á buscarte á la *Meta sudans* á hora tan incómoda. Veamos qué noticias me traes.

—Ninguna: sólo sé que pasado mañana sale mi ama para su quinta de *Cajeta* (1), y, como es de suponer tendré que acompañarla. Por lo tanto, necesito más dinero para concluir mis operaciones en provecho vuestro.

—¿Más dinero todavía? Te he dado ya todo el que he recibido de mi padre durante muchos meses.

—¡Toma! ¿no sabéis quién es Fabiola?

—Sé que es el partido más rico de Roma.

—Pues bien; la altiva y desdeñosa Fabiola no se alcanza tan fácilmente.

—Sin embargo, tú me prometiste que con tus filtros y sortilegios me alcanzarías su consentimiento, ó al menos su fortuna. ¿Qué pueden costarte las pócimas que empleas?

—Mucho por cierto. Se necesitan ingredientes que es preciso

(1) Gaeta.

pagar muy caro. Y ¿creéis acaso que yo saldría á estas horas á buscar las yerbas que necesito entre los sepulcros de la vía Apia si no es pagándome con largueza? ¿De qué manera quereis auxiliar mis esfuerzos? Ya os tengo dicho que ese es el único medio de apresurar el resultado.

—Y ¿qué más puedo hacer? Bien conoces que la naturaleza no me ha favorecido, ni poseo las dotes necesarias para granjearme el cariño de nadie. Por esto he preferido fiarlo al poder de tu magia.

—Pues me permitiréis daros un consejo. Ya que no teneis las prendas necesarias para granjearos el corazón de Fabiola...

—Su fortuna, habrás querido decir.

—Son inseparables. Una sola cosa puede hacerlos irresistible.

—¿Cuál es?

—Oro.

—Pero ¿dónde se encuentra? Eso es cabalmente lo que me hace cavilar.

La negra se sonrió maliciosamente y dijo:

—¿Por qué no haceis como Fulvio?

—Y ¿cómo se las arregla él?

—Con sangre.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tengo trato con un viejo que le sirve, y que si no es tan negro como yo, la negrura de su alma suple con ventaja á la de su rostro. Además, su idioma se parece al mio para que nos sea fácil entendernos. Me ha hecho varias preguntas sobre venenos, y me asegura que comprará mi libertad y me llevará á su tierra tomándome por mujer; pero como aspiro á mejor colocación, le he ido sacando cuanto me hace al caso.

—¿Veamos qué?

—Que Fulvio había descubierto una grande conspiración contra Diocleciano, que una significativa mirada del viejo me dió á entender que el mismo Fulvio la había fraguado; y que ha venido comisionado á Roma, provisto de eficaces recomendaciones con objeto de continuar sus pesquisas.

—Pero yo no tengo habilidad para fraguar ó descubrir conspiraciones, por más que la tuviera para castigarlas.

—Hay, sin embargo, un medio fácil.

—¿Cuál?

—En mi tierra hay unas grandes aves á la que el caballo más veloz intentaría en vano alcanzar, pero que sí se buscan sin ruido y sosegadamente se entregan al momento, pues sólo esconden la cabeza.

—Y ¿á qué propósito recuerdas esto?

—Me refiero á los cristianos. ¿No va á principiar otra persecución?

—Si tal, y la más tremenda de cuantas han sufrido.

—Pues seguid mi consejo. No os canseis dándoles caza para no obtener á la postre más que presas miserables. Tened los ojos despiertos y seguid las huellas de una ó dos bien importantes, de esas que tratan de ocultarse á medias. Abalanzaos luego sobre ellas, apropiaos la mejor porción de los bienes que se les confiscuen, y venid á buscarme con una buena parte, que yo en cambio os la doblaré.

—¡Bravísimo! Te entiendo, y veo que no quieres bien á esos cristianos.

—¡Aborrezco á toda su raza! Los espíritus á quienes doy culto son enemigos mortales hasta del nombre de cristiano.

Y haciendo una mueca horrible prosiguió:

—Sospecho que una de mis compañeras es cristiana. ¡Si supiérais cuánto la aborrezco!

—¿En qué fundas tu sospecha?

—En primer lugar, nada del mundo la induciría á mentir, y con su estúpida veracidad nos pone á todos en mil conflictos.

—¿Qué más?

—No hace caso de los regalos ni del dinero, é impide así que nos los ofrezcan.

—Tanto mejor.

—Y estoy persuadida que es...

—La última palabra espiró en los oídos de Corvino, quien dijo al oírlo:

—¡Bien, por vida mia! He salido hoy de Roma al encuentro de una caravana de compatriotas tuyos que ha llegado; pero en verdad tú los aventajas á todos.

—¿De veras? Y ¿quiénes son?

—Africanos puros, —respondió Corvino soltando una carcajada:—leones, panteras, leopardos...

—¿Os atreveis á insultarme?

—Vamos, tranquilízate. Los han traído expresamente para libertarte de los aborrecidos cristianos. Así, pues, separémonos amigos. Toma dinero, pero sea el último, y avísame cuando comiencen á obrar tus filtros. No olvidaré tu consejo respecto del oro cristiano, pues me agrada infinito.

Corvino se alejó por la vía *Sacra*, y ella fingió seguir la vía *Carina*, situada entre el Palatino y el Celio; pero súbitamente miró atrás, y viendo ya lejos á Corvino murmuró con gesto desdenoso:

—¡Necio! ¡Imaginarse que por él haya de hacer experimentos en una persona del carácter de Fabiola!

Y tomó la misma dirección de Corvino; pero después de un corto trecho, con asombro de Sebastián, dió media vuelta y penetró en el vestibulo del palacio.

El tribuno resolvió desde luego prevenir á Fabiola contra la trama de que acababa de enterarse; pero al punto advirtió que no podía verificarlo hasta que regresase del campo.

X

Reuniones.

Cuando Sebastián y Pancracio volvieron á la sala hallaron ya congregadas en ella las personas á quienes aguardaban, muy numerosas y de diversa condición: clérigos y seglares, hombres y mujeres. Habíase dispuesto una frugal comida, principalmente como precaución para alejar toda sospecha por parte de cualquier intruso que pudiera presentarse inopinadamente; pues aquella reunión tenía por objeto adoptar algunas medidas á propósito de un reciente suceso ocurrido en el Palacio imperial, según vamos á referir.

Sebastián, que gozaba de gran valimiento en el ánimo del Emperador, empleaba toda su influencia en propagar dentro de Palacio la fe cristiana. Obra suya eran multitud de conversiones realizadas poco á poco; mas ahora se trataba de un buen número de ellas á la vez, cuyos pormenores vienen consignados en las *Actas* de este esforzado y glorioso paladin de Cristo.

El caso fué que, habiendo sido muchos cristianos arrestados y sometidos á un juicio que las más veces terminaba en sentencia de muerte, dos hermanos, Marco y Marceliano, estaban aguardando el momento del suplicio; pero algunos amigos, á quienes se había permitido visitarlos, les suplicaban con lágrimas en los ojos que apostatasen para conservar la vida. Comenzaron á vacilar y ofrecieron que lo pensarían, cuando sabedor de esto Sebastián corrió á salvarlos. Demasiado conocido para que le negasen la entrada, penetró en el encierro como un ángel de luz. Servía de calabozo un antiguo comedero de la casa del magistrado bajo cuya vigilancia se hallaban, pues por lo regular se dejaba á los jueces la elección del lugar de encarcelamiento; y habiendo obtenido Tranquilino, padre de los dos jóvenes, un plazo de treinta días para ver si podía vencer su obstinada constancia, á fin de secundar sus esfuerzos se había ofrecido el magistrado Nicostrato á guardarlos en su propia casa. Peligrosa y arriesgada era la empresa de Sebastián, pues

además de los dos cautivos cristianos había en el mismo encierro diez prisioneros gentiles y los padres de los infortunados mozos, persuadiéndoles con lágrimas y halagos á que se sustrajesen al destino que les amenazaba; y estaban también presentes el carcelero Claudio y el mencionado Nicostrato con su esposa Zoe, atraídos por el compasivo deseo de arrancar á los dos mancebos de manos del verdugo. ¿No era, pues, de temer por parte de Sebastián que entre tantos hubiese alguno que, ya en cumplimiento de sus deberes oficiales, ya para obtener su perdón, ó ya por odio al cristianismo, lo delatase si se confesaba cristiano? Y en este caso ¿podía Sebastián desconocer que su muerte era segura?

Bien lo sabía, pero ¿qué le importaba? Si en vez de dos se ofrecían á Dios tres víctimas, salía ganancioso: lo que temía era que no hubiese ninguna.

Como aquella prisión se abría raras veces y necesitaba poca luz, entraba esta por una abertura practicada en el techo. Ansioso de que todos le vieran, Sebastián se colocó debajo de un rayo de sol que penetraba por ella, claro y brillante donde iluminaba, pero dejando en semi-oscuridad el resto de la estancia. Aquel rayo de luz, al dar de lleno en el oro y pedrería que adornaban la armadura del tribuno y á cada movimiento suyo esparcían destellos de brillantes colores, realizaba sus nobles facciones, suavizadas por la expresión del tierno dolor con que contemplaba á los dos vacilantes confesores de la fe.

Transcurrieron algunos momentos antes que pudiese desahogar en palabras la aflicción que le oprimía; mas, vencida algun tanto la emoción, rompió el silencio con estas sentidas frases:

— Venerables hermanos, vosotros que habeis dado testimonio de Cristo y que por su amor habeis sido encarcelados, y vuestros miembros surcados por duras cadenas, y sufrido crueles tormentos, yo deberia caer á vuestros piés, ofreceros mi obsequio y pedir vos vuestras oraciones en vez de presentarme á vosotros para exhortaros y mucho menos para reconveniros. Pero ¿será cierto lo que he oído, que cuando los ángeles iban á poner las últimas flores á la corona que para vosotros tejían, les habeis invitado á desistir, y hasta habeis intentado recomendarles que la deshagan y arrojen sus flores al viento? ¿Puedo creer que vosotros, que ya pisábais los umbrales del paraíso, penseis retroceder al valle de destierro y de amargas lágrimas?

Al oír esas palabras los dos mancebos inclinaron la cabeza y confesaron llorando su fragilidad.

Sebastián prosiguió:

— Si no podeis soportar la mirada de un pobre soldado como yo, el último de los siervos de Cristo, ¿cómo resistiréis la mira-